

# Intelectuales y crítica: Apología de la crisis

Pablo Quintanilla Pérez-Wicht

Profesor del Departamento de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Ph. D. en Filosofía, Universidad de Virginia, EEUU. M. A. en Filosofía, Universidad de Londres, Kings College. Licenciado en Filosofía, PUCP. Bachiller en Humanidades con mención en Filosofía, PUCP

**SUMARIO:** I. Críticas y crisis. II. El bisturí de Platón. III. Crítica del buen juicio. IV. Cría cuervos.

¿Hasta qué punto el debate intelectual peruano ha sido un instrumento de crítica conceptual y no de ideológica justificación de situaciones indeseables? ¿De qué manera nuestro pensamiento académico y mediático ha ejercido su responsabilidad de crítica social o, más bien, ha rehuido una de sus auténticas obligaciones? ¿Es la crítica intelectual un elemento de la crisis, una adecuada terapia contra la crisis o una manifestación más de la crisis?

## I. Crítica y crisis

Para abordar estas incómodas preguntas, será quizá necesario recordar que las palabras "crítica" y "crisis" tienen una misma etimología. Ambos vocablos provienen del griego *krinein*, que significa separar, distinguir, decidir o juzgar. De *krinein* también proceden las expresiones discriminar, criba y criterio. La idea, entonces, es que criticar es juzgar, pero en el sentido de discernir y diferenciar, es decir, hacer las distinciones y separaciones necesarias para esclarecer un problema. Este es el sentido en que Platón decía que la actividad fundamental del filósofo es distinguir cuando es necesario hacerlo y sintetizar cuando ello es requerido. Con ello se refiere Platón a los dos momentos de la dialéctica: la *diháiresis* y la *synagogé*. La *diháiresis* desconstruye y desensambla, la *synagogé* rearma y recompone. Así pues, la crítica, como la *diháiresis*, es una forma de análisis conceptual.

Analizar algo es descomponerlo con la finalidad de conocer sus elementos constituyentes. Esa idea se encuentra en el análisis químico del cual Freud extrajo la inspiración para fundar el psicoanálisis y también en la filosofía analítica, que se propone desensamblar nuestros conceptos más generales con el fin de conocer sus ocultos y subyacentes engranajes. La noción de desconstrucción se halla en la propia etimología de la palabra análisis que viene de *analýo*, que significa desatar o desamarrar. Se desentrañan y desenlazan las marañas conceptuales en que inevitablemente vivimos, para tener cosmovisiones y vidas más esclarecidas. Pero los conceptos que analizamos no son sólo representaciones del mundo sino, principalmente, hábitos de comportamiento y formas de vida compartidas que se encuentran encapsuladas en las palabras. El lenguaje porta sobre sus espaldas, en unos breves sonidos, esta larga tradición de comportamiento social acumulado y altamente densificado. Por ello, el

análisis conceptual que se ejerce cuando uno examina el lenguaje es análisis de la realidad social misma.

## II. El bisturí de Platón

Platón, experto en sorprendentes metáforas, dice que el buen dialéctico es como el buen carnicero. Así como este último corta la carne por sus articulaciones naturales, sin forzarla o estropearla, de igual manera quien tiene destreza dialéctica se mueve por entre los conceptos con gracia y soltura, distinguiendo donde hay que distinguir y uniendo donde hay que unir, sin la pesadez de quien hace violencia a los conceptos.

Así como analizar conceptos requiere usar el escalpelo, la crítica social también implica diferenciar y distinguir. Pero, además, eso mismo es la crisis. Una sociedad o una época de crisis es aquella que se encuentra desarticulada. Se trata de tiempos en los que hay tanto cambio y heterogeneidad, tanta diversidad e inestabilidad, que no se encuentra el orden necesario ni la armonía y la estructura requeridas para el funcionamiento social normal. Por ello habrá que examinar cuál es la relación entre crítica y crisis. Será conveniente interrogar si la crisis es efecto del exceso de crítica o, por el contrario, de la ausencia de ella o, en todo caso, de la crítica mal aplicada, torpe o errática; aquella que destroza los conceptos, como hace el mal carnicero con la carne.

Pero uno tendría que preguntarse, en primer lugar, si esta heterogeneidad y ausencia de permanencia es siempre mala. Mi sospecha es que no sólo es inevitable sino además necesario e incluso benéfico que una sociedad esté en crisis permanente, así como en una crónica situación de diversificación. Siempre y cuando la sociedad tenga la capacidad de renovarse pacíficamente, cambiando y adaptándose a las nuevas circunstancias con ingenio, delicadeza y elegancia. Esa es la diferencia entre una sociedad abierta y una cerrada. La primera está en una crisis permanente, pero una que es productiva, creativa y amable. La segunda no está en crisis pues está sellada en sí misma, no puede cambiar porque el cambio significa su muerte. Las primeras suelen ser las sociedades democráticas, las segundas son las sociedades totalitarias y fundamentalistas. En efecto, la estabilidad no siempre es una virtud y la unidad monolítica tampoco; en ocasiones la estabilidad puede ser una forma de conservadurismo estrecho que

impide ponernos a nosotros mismos en radical cuestionamiento para posibilitar nuestro progreso. La crítica siempre es buena, entonces, y también puede serlo la crisis. Pero reconstruyamos brevemente algunos aspectos de nuestra historia intelectual para después analizar el caso puntual de la sociedad peruana.

### III. Crítica del buen juicio

Fue Kant el filósofo moderno que convirtió a la crítica en el instrumento privilegiado de la reflexión filosófica. Como es conocido, en el título mismo de la *Crítica de la Razón Pura* Kant hace un juego de palabras en que el objeto de la crítica, es decir, lo criticado, es igual al sujeto de la crítica, es decir, lo que critica, y esto es la razón pura. En la segunda mitad del siglo XVIII, en que Kant escribe este texto, la filosofía somete a crítica radical a la razón en sí misma, quizá por vez primera en la historia de la filosofía. Pero será la razón misma la que ejecute su propia crítica. Esta crítica se realizará en la filosofía posterior a Kant en el lenguaje, en tanto cuestionamiento de los discursos con los que describimos la realidad y nos describimos a nosotros mismos en ella.

En efecto, Kant somete a la filosofía a un giro copernicano y elabora una crítica de la razón en tanto esta es una crítica a lo presupuesto en todos los lenguajes posibles. Al hacer eso está dando involuntario origen a lo que después será la crítica y el análisis del lenguaje. El proyecto kantiano parte del supuesto de que se puede distinguir entre la pluralidad de las lenguas y la universalidad de la razón. Al ser cuestionado este supuesto, a fines del siglo XIX, el objeto del análisis y la crítica ya no puede seguir siendo la estabilidad de la razón sino las contingencias del lenguaje. Este cambio de actitud, efectivo décadas más tarde con el llamado giro lingüístico, en tanto es una superación de la noción de sujeto es también una de las características que marcan el fin de la modernidad y el inicio de la filosofía contemporánea.

Pero ahora es momento de dirigir nuestra mirada a la manera como la crítica y la crisis se manifiestan en el discurso para irnos acercando a desarrollar mi tesis principal, según la cual una de las tareas más urgentes de la actividad intelectual en el Perú de hoy es agudizar el análisis del lenguaje y los conceptos, es decir de las maneras como describimos la realidad y a nosotros en ella, pues es en el lenguaje donde se encuentra altamente condensada y densificada una visión del mundo que nos puede enriquecer como seres humanos o, por el contrario, nos puede abatir. Esto es necesario para convertir nuestra crisis endémica, que suele ser desesperanzada y autodestructiva, en una que sea creativa y valiosa. Se trata de convivir con una crisis que nos permita reconstruirnos y redefinirnos incesantemente, sin pretender encontrar la identidad que nos caracteriza, pues nuestra identidad no está en nuestro pasado sino en el proceso que constituye nuestro devenir.

La tarea de crítica y análisis del discurso social corresponde de manera privilegiada a las instituciones académicas, especialmente a las universidades, pero también a los grupos políticos y a los medios de comunicación. Aunque el periodismo no siempre es ejercido por intelectuales, tiene las mismas responsabilidades morales que el gremio intelectual porque forma consciencias y tendencias de opinión. Sin embargo, muchos medios de comunicación han abjurado de su responsabilidad y se han convertido en cajas de resonancia de lo que atrae a la gente por estridente y llamativo, aunque la empobrezca intelectualmente o la cosifique. En efecto, si bien la crítica de la comunidad intelectual debería generar una crisis creativa y enriquecedora, resulta claro que la crítica que muchos medios de comunicación ejercen tiene como consecuencia una crisis caótica, pesimista, autodestructiva y autocomplaciente. Aunque el periodismo serio y tradicional sigue cumpliendo la tarea docente que le corresponde, enseñando al lector a hacer distinciones y a analizar los procesos de manera objetiva y considerando el largo plazo, una parte del periodismo nacional vende su pluma al mejor postor, sea este el poder de turno, un maletín lleno de dólares, o el morbo del consumidor.

Las épocas de crisis social, en su versión autodestructiva, se caracterizan no sólo por la confusión acerca de lo que es moralmente valioso sino, sobre todo, por el uso impreciso, ambiguo y engañoso del lenguaje. Es inevitable que el significado de las palabras quede hasta cierto punto indeterminado por la multiplicidad de acepciones que éstas pueden tener y, en ocasiones, esta indeterminación puede incluso ser benéfica porque permite el uso creativo del lenguaje. Pero en las épocas de mayor desconcierto la vaguedad se torna intolerable y en vez de permitir la creatividad la hace imposible, pues convierte la comunicación humana en un juego de distorsiones y manipulaciones. Además, en tanto los significados que atribuimos a las palabras son inseparables de nuestras creencias acerca de los objetos referidos con ellas, confusión en el uso de las palabras delata confusión en nuestras creencias. Esto es precisamente lo que aprovecha quien no tiene interés en usar el lenguaje para iluminar problemas sino para modificar conductas. Éste, como los sofistas de la Grecia clásica, no emplea el lenguaje para persuadir o esclarecer sino para manipular y distorsionar. Tucídides, narrando la revolución de Corfú en *La Guerra del Peloponeso* (libro III, 82), describe la situación de la siguiente manera:

*El significado de las palabras ya no tenía la misma relación con las cosas, sino que ellos lo cambiaban según su conveniencia. La acción temeraria se consideraba como valentía leal; la demora prudente era la excusa de un cobarde, la moderación era la máscara de una debilidad ingenua indigna del hombre; conocerlo todo era no hacer nada.*

En esas circunstancias el discurso se convierte en un arma para doblegar la voluntad de las personas y para enturbiar sus intelectos. Pero es aún más grave que eso.

En tanto el lenguaje no es un mero instrumento para representar el mundo, sino fundamentalmente colabora en la constitución misma de la realidad al formar parte de las articulaciones sociales, el discurso demagógico no sólo ofusca la percepción que uno pueda tener de las cosas sino transforma la realidad humana misma. La hace aún más imprecisa de lo que ya es, la entorpece y la trivializa. En épocas de crisis y confusión podemos explotar nuestra heterogeneidad permitiendo que la mezcla sea original y creativa, o podemos aprovecharnos de esta misma crisis para intentar obtener un beneficio propio en perjuicio de los demás. El demagogo distorsiona los significados de las palabras creyendo que obtiene un beneficio, sin darse cuenta que al deteriorar a la sociedad en su conjunto es víctima de sí mismo. En sus labios, por ejemplo, la palabra "democracia" ya no se asocia con la decisión popular razonada sino con la argucia de decirle al pueblo lo que éste quiere escuchar para obtener sus favores. De igual manera, el soborno ya no es un delito sino una colaboración desinteresada o un préstamo generoso. El chantaje es un medio lícito para obtener la cooperación involuntaria. La tortura es una forma de persuasión para el indolente. El robo es una forma alternativa de redistribución del dinero. La mentira es simplemente otro ángulo de la verdad.

Cada cierto tiempo, y durante épocas también de manera crónica, el tejido social del Perú pierde consistencia y corre el riesgo de destejarse. Nos sumimos en una crisis del tipo autodestructivo. Cuando eso ocurre, la democracia se desacredita, el Estado pierde la confianza de la gente, se confunden o se abandonan los criterios valorativos con los cuales regimos nuestra conducta, se entroniza como valor supremo el beneficio individual por encima del colectivo; en pocas palabras, el Perú como sociedad pierde su norte. Estas circunstancias se evidencian en los medios de comunicación. En muchos de ellos el morbo y la manipulación dejan de ser la excepción para convertirse en la norma. En ocasiones estos mismos medios se justifican afirmando que ellos solo reproducen la realidad siendo un espejo fiel de lo que ocurre, de manera que no tienen responsabilidad en lo que pasa. Ellos no ven que sí la tienen, porque los medios no sólo reproducen la realidad, también la producen en la medida en que, como decía Borges, "la realidad es ella misma y sus espejos". Es decir, las representaciones de la realidad forman parte de la realidad. Al reproducir de manera magnificada o acrílica un cierto tipo de tara social, la refuerzan, la consolidan, la fomentan y, en sentido estricto, colaboran en su permanencia.

#### IV. Cría cuervos

El Perú entró al tercer milenio destrozado política y moralmente por un régimen, el de Fujimori, que lo corrompió como nunca antes en su historia. Al borde del desgobierno, con dificultad regresamos a la democracia. En esas circunstancias y por el bien de todos, uno

hubiera pensado que lo razonable era estabilizar el sistema democrático y ayudar al presidente de entonces, Alejandro Toledo, a hacer una buena gestión. Sin embargo un amplio sector de la oposición y la prensa, lejos de fiscalizar constructivamente, se empeñó en desestabilizar al régimen y al sistema democrático mismo, ahondando sus innegables yerros y ciego ante cualquier virtud que pudieran tener. Ese sector se encargó de convencer al ciudadano de que el sistema es mucho peor de lo que realmente es, así como esencialmente corrupto.

El ciudadano, convencido de que el sistema es irredimible, busca un salvador de fuera. Así, se entrega a los brazos de un militar en retiro dueño de un discurso impositivo e intolerante, con sospechas de tener vínculos con la corrupción y el narcotráfico, con acusaciones de graves delitos y quien, además de no tener ninguna experiencia en gestión gubernamental, no parece estar rodeado de gente confiable ni equilibrada. De esta manera llegó a la segunda vuelta electoral un proyecto político que jamás debió haber siquiera soñado con esa posibilidad. El simple hecho que Ollanta Humala haya llegado hasta donde llegó ya es suficiente razón de preocupación respecto de la tarea que cumplen quienes forman corrientes de opinión en el país. Es indudable que algo está profundamente mal en una sociedad que puede generar esos proyectos autoritarios y excluyentes con tanto arraigo popular y una parte de la responsabilidad, aunque ciertamente no toda, la tienen los grupos dirigentes y los formadores de opinión.

Cuando las sociedades entran en situaciones así de inestables, necesitan de instituciones que mantengan la medida en medio del desconcierto. Entre otras estas instituciones son, o por lo menos deberían serlo, las universidades. Por ello, surge la pregunta de hasta qué punto las universidades peruanas están cumpliendo esta misión. En el Perú de hoy, el liderazgo de las ideas que debieran tenerlo los académicos y los intelectuales lo tienen en muchos casos los medios de comunicación, quienes con frecuencia lejos de formar opiniones sólidas e ilustradas moldean masas acrílicas y adocenadas. Pero esto es en parte culpa de las universidades.

Recientemente, en el Perú muchas universidades han abdicado de su obligación esencial de repensar la sociedad, para convertirse en negocios lucrativos de mera transmisión de información o fábricas de títulos profesionales. Desde que se descubrió que en nuestro país la educación puede ser un buen negocio, aparecieron una infinidad de instituciones con sospechosas pretensiones académicas. Pero las universidades no pueden ser ni centros de divulgación de una determinada visión del mundo ni empresas que conviertan la vida académica en una empresa de lucro. Ellas deben ser espacios dedicados al examen y evaluación de los diversos aspectos de la vida humana, que van desde los problemas metafísicos más generales hasta las circunstancias prácticas más puntuales e

inmediatas. Estas deben ser instituciones de reflexión donde se examinen los presupuestos conceptuales que están a la base de las diversas prácticas sociales humanas. Por ello en las universidades deben estar representadas todas las perspectivas y posturas, las que deben ser analizadas críticamente, generando espacios de dialogo permanente. Muchas universidades, así como muchos medios de comunicación, cumplen con realizar esta obligación que tienen. Otros, por el contrario, solo colaboran en mantener una crisis de tipo destructivo.

Sin embargo, el análisis y la crítica no necesitan tener un norte prefijado. Éste debe existir, pero debe irse constituyendo precisamente como consecuencia del cuestionamiento mismo. Tampoco se trata de suponer que debemos ser fieles a una supuesta identidad que preservar. Con frecuencia, la pretensión de resguardar la identidad es una justificación para proteger una específica visión del mundo o, peor aún, ciertos

intereses.

Así pues, este artículo constituye una apología de la crisis, pero de aquel tipo de crisis que nos permite rehacernos continuamente, siendo siempre diferentes en medio de nuestra propia riqueza cultural, que es precisamente nuestra diversidad.

Asumir creativamente esta heterogeneidad podría impedir que nos aferremos a la engañosa tabla de salvación de una supuesta identidad nuestra que nos antecede. Así empezaremos a tomar en serio la idea de que no tenemos ninguna identidad previa que necesitamos mantener, cuidar, descubrir o rescatar. Lo que tenemos que hacer es crear más y mejores espacios de diálogo racional, los que nos permitirán identificar colectivamente las distintas metas que nos vayamos trazando.